

griegas de un solo ejemplar que contenía la biblioteca de Pérgamo que Antonio regaló á Cleopatra?

El cuidado del estudio, tal como se halla en algunos misioneros, especialmente entre los evangelizadores de la Irlanda, fué un fenómeno muy excepcional, procedente de que en aquellas comarcas lejanas de Roma, la propaganda de conversión coincidía con la iniciativa hacia una cultura superior. Después, cuando el respeto de los manuscritos profanos, de las letras y de las ciencias se manifestó de nuevo en la Iglesia, entre los Benedictinos y otras órdenes religiosas, el movimiento del progreso había renacido en el mundo y se hacía sentir también en la sociedad civil, libre ya de la barbarie grosera de las edades de la invasión.

El retroceso enorme del pensamiento que se produjo con el triunfo del catolicismo bárbaro sobre la civilización greco-latina, se manifestó principalmente por la extraña perturbación de todo lo que es historia y geografía: los tiempos, los lugares, todo se vió no más que á través de una bruma de ilusiones y de confusión, hasta de mentira y de perversidad. Lo que los astrónomos y matemáticos griegos habían establecido, desde Tales y Pitágoras, lo que Aristóteles parecía haber aclarado definitivamente, la redondez de la Tierra, se ponía en duda: San Agustín, uno de los más instruidos entre los padres de la Iglesia, no osaba negarla en absoluto<sup>1</sup>, mientras que Lactancio se mofa de la idea como ridícula. Respecto del movimiento de la Tierra alrededor del Sol, que á lo menos había sido sospechado por los Caldeos y los Alejandrinos, había caído en completo olvido. El Cosmos, el conjunto armonioso de los astros desenvolviéndose en el espacio infinito, era otra vez una jaula de hierro, un estrecho firmamento que aprisionaba nuestro mundo. Los compiladores no saben ya siquiera citar los autores griegos, Herodoto, Strabon, Ptolomeo: se limitan á reproducir el fárrago de Plinio y las enumeraciones de los autores romanos. Los monjes no tienen otro cuidado que construir la «geografía cristiana», es decir, adaptar groseramente los restos del saber antiguo á la religión revelada<sup>2</sup>.

Y sin embargo, existían, tanto en aquella época como bajo la

<sup>1</sup> Ciudad de Dios, XVI, c. IX.

<sup>2</sup> Raymond Beazley, *The Dawn of modern Geography*.

dominación romana, hombres que recorrían el Globo; la invasión de los bárbaros no había suprimido el comercio sobre la tierra ni sobre el mar. Gregorio de Tours nos habla de mercaderes que iban de Francia á Siria y de un peñgrino que venía de la India del

N.º 277. Desde el Monte Cassino al golfo de Gaeta.

(Véase página 389)



1 : 500 000

0 10 20 30 Kil.

Sud á Francia (550), y de barcos indios que iban regularmente á Suez para cambiar mercancías<sup>1</sup>. Desde el siglo VI al VIII se hallan colonias de Sirios en varias ciudades: Marsella, Narbona, Burdeos, Tours, Orleans. Los Judíos comenzaban á penetrar en todas las comarcas de Europa; se señala una comunidad de ellos en Metz desde el año 222. No faltaban, pues, viajeros, sino los observadores y

<sup>1</sup> Raymond Beazley, *Medieval Trade and Trade Routes*.

los pensadores capaces de sacar algunas deducciones de sus relatos.

La ignorancia universal permitía todas las audacias á los sacerdotes ambiciosos del poder. Puesto que todo prodigio encontraba almas cándidas que lo creyesen y lo atestiguaran con toda firmeza ante los enemigos, puesto que los milagros forjados que interviniendo en la vida diaria parecían fenómenos más normales que las consecuencias naturales de causa á efecto, se podía permitir la mentira, falsificar los textos á placer, jugar con las palabras aprovechando asonancias, hasta inventar mapas y redactar profecías después del hecho profetizado, con la seguridad de hallar, mejor que cómplices, creyentes entusiastas. De ese modo se interpolaron artículos de fe en los Evangelios y las Epístolas, se inventaron donaciones de territorios y de prerrogativas hechas por los emperadores y los reyes, y se escribió una historia de la Iglesia, falsa en todos sus puntos. Verdad es que la crítica de nuestros días ha restablecido la verdad escudriñando los textos, reconstituyendo las fechas, suprimiendo los anacronismos y los personajes imaginarios; pero no por eso dejan los interesados de continuar utilizando en favor de sus instituciones todos los errores y engaños de sus antecesores: en esto no hay prescripción. La Iglesia aprovecha siempre la creencia firme de las generaciones de la Edad Media en el pasaje relativo á Jesús interpolado en Flavio Josefo, en la fundación del papado por San Pedro, en la sucesión regular de los soberanos pontífices, en el homenaje de sujeción dirigido al papa por Constantino, en la cesión del territorio de Rávena y de otros vastos dominios, en Italia y otros países, hecha al poder temporal de la Iglesia por diversos conquistadores y potentados. Muchos herejes fueron quemados por haber expuesto dudas sobre el valor de esas afirmaciones, sostenidas con más empeño que los mismos dogmas de la religión. El historiador no los menciona ya, pero el fiel los cree todavía. Sucede en esto lo que en muchos edificios, en que toda una armazón de hierro se oculta en el espesor de esbeltas columnas, sobre las cuales parecen apoyarse las arcadas con el orgulloso coronamiento de su cúpula.

Al lado de los obispos y del más poderoso de todos ellos, cuya parte en el gobierno de los hombres aumentaba poco á poco, se desarrollaba una nueva institución eclesiástica, el monaquismo, que

había de adquirir una autoridad moral mucho más fuerte todavía. Como en otro tiempo entre los Judíos, cuyos profetas, salidos libremente de la nación, participaban de todas sus pasiones, sus dolores y sus esperanzas, y ejercían una acción tan profunda sobre sus compatriotas, los frailes vivían con la multitud, se habían convertido en su alma, mientras que el alto clero hereditario formaba una clase aparte, con sus intereses especiales, que se confundían á veces con los del enemigo. Si en los comienzos de la Iglesia cristiana no se habla apenas de frailes, es que el clero no se había establecido aún de una manera definitiva: se hallaba todavía en el período del peligro y de las persecuciones; no se había verificado la separación de los testigos ardientes de la fe que se lanzaban á la obra de propaganda, y los sacerdotes á quienes su saber, la ilustración de su familia ú otras ventajas aseguraban una posición eminente. Pero en cuanto la Iglesia triunfó oficialmente y una clase eclesiástica aprendió á aprovecharse á sus anchas del dominio moral y material sobre el pueblo, hubo de hacerse una partición en el trabajo de la Iglesia: todo lo que en ella había de natural y de viviente había de surgir de abajo, del seno mismo de las comunidades ardientes y fanáticas.

El monaquismo, muy anterior en Oriente á la evolución cristiana, no había cesado de perpetuarse allí: así como se había transmitido por el vedismo al budhismo y luego al brahmanismo, así también pasó de los Judíos á los Cristianos y del desierto de Edom al de Egipto. Los ribereños del Nilo, á cubierto del sol en la orilla del río, á la sombra de los sicomoros, sienten generalmente un vivo sentimiento de horror hacia el desierto; imbuídos todavía de las mismas supersticiones que sus antepasados, le creen poblado por los genios del mal. Ni la certidumbre de descubrir un tesoro podría decidirles á pasar una noche en una de las infinitas cavernas de los montes arábigos<sup>1</sup>. Y sin embargo, en Egipto se vió á San Pablo y á San Antonio abandonar los placeres y las comodidades de Alejandría para macerarse y sufrir hambre, sed, el calor atroz de los días y el frío de las noches en algún áspero barranco del desierto. Se comprende, pues, la admiración sin límites que suscitó el valor

<sup>1</sup> Georg Schweinfurth, *La Terra incognita dell'Egitto*, p. 11.

de los eremitas cristianos, que, saliendo del mundo de los vivos, iban en plena soledad á combatir al diablo en persona, sin otras armas que su fe y la eficacia de sus exorcismos. Los primeros fugitivos cristianos sólo emprendieron esa lucha terrible para asegurar la salvación de su alma mancillada por el pecado original y sin cesar amenazada por las tentaciones. «El que queda en su celda, decía San Antonio, escapa á la acción de tres enemigos, el oído, la palabra y la vista; combate solamente con su corazón». La historia legendaria de ese personaje nos muestra claramente cuán grande era su ilusión: cuanto más se quiere huir de los peligros de la vida exterior y más terrible se hace la lucha que ha de sostenerse contra sí mismo; si se libra uno de la dura realidad, las peores alucinaciones se presentan de un modo inevitable.

Esos anacoretas que huían en absoluto del mundo de las tentaciones y del pecado no fueron más que excepciones entre los cristianos: la mayor parte de los que se separaban de la sociedad alegre iban á buscar en común una vida nueva aceptable, y acababan por constituir sociedades populosas. Viéronse nacer en Egipto verdaderas ciudades de monjes que ejercieron considerable influencia sobre la evolución religiosa y política de la comarca. La destrucción de tantas obras del antiguo Egipto, destrucción en ciertos sitios tan completa que causa estupor, se debe á religiosos que obraban en grupos ó aisladamente: templos y ciudades incendiados, vasos de materia dura reducidos á menudos fragmentos, huesos humanos dispersos, triturados, imágenes de los dioses pulverizadas<sup>1</sup>, no había nada lo bastante violento para manifestar el odio al cisma y á la idolatría. Más de una vez esos fanáticos religiosos invadieron en pandilla la ciudad de Alejandría y tomaron allí parte en las sediciones y en las matanzas. La bella y pura Ipatía, que fué lapidada en 415 por crimen de filosofía, había sido indicada por los frailes al odio del pueblo.

Las instituciones monacales se esparcieron poco á poco desde Egipto al Occidente; pero aun no tenían razón de ser, y los frailes que se presentaron no fundaron comunidades. Los primeros que se

<sup>1</sup> Albert Gayet, *Coins d'Egypte ignorés*, ps. 5, 20 y *passim*.

vieron en Roma fueron conducidos en visita en el año 340 por San Atanasio. Se les examinó con una curiosidad mezclada de desprecio, pero durante la generación siguiente habían de hallar imitadores en gran número. San Jerónimo, que era un fraile de Belén, dirigía llamamientos á los cristianos cansados de las mundanidades de las ciudades: «¿Qué hacéis en el siglo, vosotros que valéis más que él? ¿Hasta cuándo querréis permanecer á la sombra de las casas? ¿Por qué permanecéis presos á la sombra de las ciudades llenas de humo?»<sup>1</sup>.

Desde los primeros tiempos del nuevo orden de cosas que siguió al régimen de la Roma imperial, en 529, los monjes de Occidente se crearon un centro de acción cuya influencia se hizo sentir poderosamente de siglo en siglo, frecuentemente al servicio del papado, pero también con no menor frecuencia contra él, y en la perfecta independencia que da la conciencia de su poder. Desde la época de la dominación de los Godos, fundó Benito ese monasterio de Monte Casino, que reina orgullosamente sobre su amplia colina sobre la ciudad de San Germano: es indudable que esa posición dominante contribuyó en gran parte al engrandecimiento de la santidad de los Benedictinos en la imaginación de los hombres. «Los monjes de Monte Casino morían todos en estado de gracia», decía la creencia popular, y de hecho la Orden no contaba menos de seis mil individuos que fueron canonizados, más de la cuarta parte de todos los que enumeran las listas hagiográficas.

Las órdenes monásticas del Occidente tuvieron en su mayor parte un origen muy diferente del que produjo el monaquismo oriental. Mientras que los eremitas egipcios no tenían más deseo que la salvación de su alma, y se mortificaban en este mundo, inspirados por



Bibl. Nac.

SAN BENITO

Dibujo al rasgo de un mosaico antiguo, por Camilli.

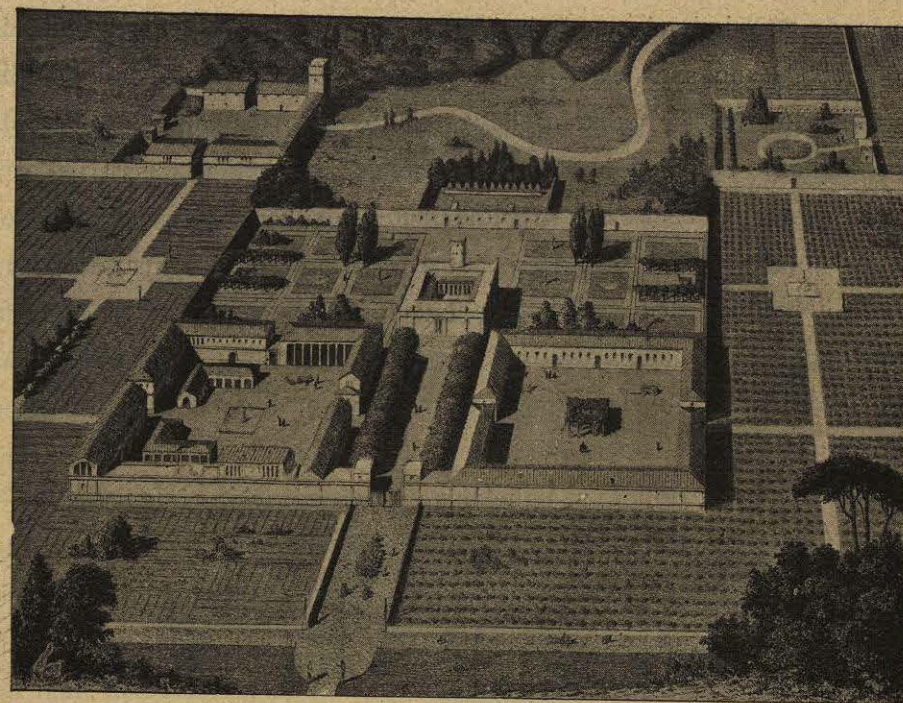
<sup>1</sup> Gaston Boissier, *La Fin du Paganisme*, t. II, p. 418.

la torpe necesidad de sufrir, los frailes occidentales se apartaban de las multitudes urbanas, no tanto para orar y entregarse á la contemplación, como para sustraerse á los peligros de la guerra y de la opresión universal. Habiendo sido devastadas las tierras y las ciudades tomadas por asalto, el porvenir se presentaba tan amenazador como el pasado había sido desastroso, y era natural que los jóvenes y los ardientes quisieran librarse de la beata resignación de los débiles y huir de los lugares peligrosos de paso seguidos por las bandas guerreras. Eligieron, pues, lugares apartados para establecerse sobre tierras abandonadas fáciles de defender, y, sin pedir permiso á ninguna autoridad, ni siquiera á los obispos, grandes señores tan temibles como los guerreros, se agruparon en comunidades libres, aportando cada uno su pequeño haber. Viéronse surgir por todas partes, en las comarcas más pobres y desoladas de Occidente, monasterios de trabajadores semi-famélicos y de una ignorancia perfecta, que fueron los núcleos primitivos y populares de instituciones monacales, destinadas á transformarse profundamente después<sup>1</sup>.

Otra causa, sobre todo en las partes más cultas del antiguo imperio, favoreció el nacimiento de las comunidades de frailes: hombres relativamente instruídos, dominados por el recuerdo de la pasada gloria, se unían para conservar lo que podía ser conservado de la antigua sociedad latina. Los monasterios fundados por ellos eran otras tantas Romas en pequeño que se constituían en recintos inaccesibles á los bárbaros, retenidos, por otra parte, fuera, por el respeto, quizá también por el temor, de los sortilegios y de las oraciones mágicas. El retiro escogido por los monjes tomaba entonces el carácter de una quinta romana, sólo que en vez de pertenecer á un patricio rodeado de esclavos, era propiedad de cierto número de socios que ponen en común su pequeño capital y sus esfuerzos para vivir en un bienestar relativo y conservar los goces delicados de la vida civilizada. No trabajaban sus tierras por sí mismos y las confiaban á colonos, mientras que en sus jardines umbrosos, bien protegidos por el recinto cuadrilátero de sus muros, platicaban sobre arte ó filosofía, recitaban estrofas, leían manuscritos que eran herencia del pensamiento

<sup>1</sup> Victor Arnould, *Histoire sociale de l'Eglise*, «Société Nouvelle», Marzo 1896, páginas 349, 350.

antiguo. Esos monasterios religiosos fueron en su mayor parte simples transformaciones de las antiguas quintas galo-romanas, tales como las describe Fustel de Coulanges: cada una formaba una pequeña república una é indivisible, que se bastaba á sí misma y poseía todos los cuerpos de oficio<sup>1</sup>. Hasta siglos después de la caída del mundo romano, el convento conservó la arquitectura y la disposición interior de la quinta patricia<sup>2</sup>.



QUINTA PATRICIA

Según Ch. Dezobry.

El amor del bien público, la solicitud por los intereses generales quizá tuvieron también su parte en la fundación de los monasterios. Tal comunidad fué sin duda en el origen la tentativa de realización de una sociedad con un objetivo económico que no se relacionaba con la religión más que por sus prácticas tradicionales, de que entonces no era posible prescindir. De ese modo los roturadores de bosques, aunque dándose una constitución monástica, se ocupaban ante todo de la apropiación razonada del suelo; así también los «hos-

<sup>1</sup> G. Tarde, *Les Transformations du Droit*, p. 24.

<sup>2</sup> Ch. Dezobry, *Rome au siècle d'Auguste*, t. III, lettre 81; Raoul Rozières, *Histoire religieuse de la France*, ps. 69, 70.

pitalarios» se asociaban para ayudar á los peregrinos y á los extranjeros: viviendo en el mundo y para el mundo, estaban animados por un espíritu muy diferente del que entregaba á las maceraciones al egoísta anacoreta. Pero la verdadera revolución religiosa y social se hizo por mediación de los monjes caminantes á quienes la «locura de la cruz» impulsaba á la propaganda de la conversión.

Los que más se ilustraron en esta obra fueron los religiosos originarios de la extremidad nord-occidental de Europa. Constituye una de las admiraciones de la historia que Irlanda, esa tierra rodeada por el Océano salvaje y que permaneció completamente fuera de la civilización griega y latina, haya tenido una parte tan considerable en la doble conversión de los Germanos á la religión cristiana y á unas costumbres más cultas. Ese fenómeno histórico se explica por el hecho capital que Irlanda se había librado de la conquista romana; los pueblos de Erin, no habiendo sido rotos ni envilecidos por la servidumbre, como los Galos y los Bretones, habían conservado más iniciativa y empuje, lo mismo que una mayor libertad que los otros cristianos en su manera de creer; fueron verdaderamente civilizadores, muy instruidos y anhelantes de renovación intelectual. El espíritu de libertad que animó á los misioneros y á los sabios de la verde Erin, contrasta con la rutina de servidumbre que se produjo en todos los demás países. Un irlandés, Scot, «Erigene», fué quien protestó contra el dogma del infierno y predicó la salvación final de todos, añadiendo estas palabras: «La razón procede de Dios, lo mismo que la autoridad de la Iglesia; toda autoridad que no se sostenga por la razón no tiene valor».

La independencia de la tradición irlandesa llega hasta sostener que la obra de la conversión de los indígenas á la fe cristiana se hizo, no por mediación de Roma, sino por apóstoles venidos directamente de Asia; según narraciones antiguas, San Patricio, el predicador y patrón de Irlanda, reconocía la supremacía del obispado de Efeso. Por algunos rasgos de su organización eclesiástica primitiva, la isla difiere completamente de los demás países de la Europa occidental. Había «tribus de santos», bandas viajantes de misioneros que trabajaban libremente para renovar la nación. La sociedad se había constituido en gran parte bajo la forma comunitaria;

numerosos conventos, habitados por matrimonios de agricultores y artesanos, formaban otros tantos centros religiosos, que mandaban jerárquicamente á sus obispos<sup>1</sup>. La ruptura con las antiguas instituciones paganas no se hizo tan bruscamente como en otras comarcas del mundo romano, y el mismo San Colomán, el célebre irlandés fundador de la abadía de Luxeuil, abogó con éxito por la conservación del orden de los bardos.

Los apóstoles de Irlanda, muy ardientes por la conversión de los indígenas, reemplazaron gradualmente los druidas sin violentarlos; sin embargo, «las palabras de los misioneros tenían fuerza suficiente para hendir las rocas y derribar los muros». Se cuenta que en 560 una procesión de frailes no necesitó más que sonar unas campanillas para derrumbar las murallas de Tara, residencia del rey de los reyes de Irlanda, así como la trompeta de Josué, dos mil años antes, derribó las murallas de Jericó.

<sup>1</sup> Arbois de Jubainville; — Ernest Nys, *Société Nouvelle*, Mayo 1896, p. 606.

